

EL FUTURO DOMINICANO EN "LA SANGRE", "LA MAÑOSA" Y "OVER"

LUIS M. ORAA, S.J.

En este trabajo no pretendo adentrarme en los complicados mecanismos de un juicio crítico. Únicamente pretendo "mirar" el acontecer histórico a través de tres novelas que he elegido. Las novelas son a la historia la sístole y diástole que pone calor y vida, ritmo acompasado, a unos datos muy objetivos, pero que saben a epitafio frío y musgoso.

Quiero comentar tres novelas dominicanas, que cubren, en mi concepto, un período interesante de República Dominicana: *La Sangre* de Tulio M. Cestero; *La Mañosa* de Juan Bosch y *Over* de Ramón Marrero Aristy.

Las tres nos presentan el primer cuarto del siglo XX, un período muy enraizado en el siglo XIX por la dictadura de Lilís y, por otro lado, enfocado ya a la problemática del siglo actual, desde las ruinas de una invasión prepotente.

LA SANGRE

Tiempo histórico que cubre: 1899-1907.

Hecho histórico: La Dictadura y sus consecuencias.

Tema: La opresión.

Lugar geográfico: La Capital

Protagonista: un joven preso por su ideal.

Final: "Un vencido".

Símbolo: La bandera descendiendo como "un ala rota".

"Sinsabores de una sociedad agobiada por el peso de la arbitrariedad".
¡Qué frase tan lograda para sintetizar el tema de la novela.

Es penoso sentarse junto al protagonista de la novela, Antonio Portocarrero, en la Torre del Homenaje y escuchar sus conversaciones y monólogos. Pero es aún más triste acompañarle por las calles agitadas y hostiles de la capital, o verle trajinar en su casa, que apenas es suya.

Toda la novela está sustentada sobre la gruesa zapata de los datos históricos de una política inestable, de las costumbres religiosas y culturales, dentro de las murallas y en los alrededores de Santo Domingo.

Antonio es el personaje clave. "Desde la galana tierra bucólica" donde nació y las orientaciones del Padre Billini en el Colegio San Luis Gonzaga, hará su singladura triste hasta recalar en el momento, siempre vespertino, de arriar la bandera nacional "como un ala rota".

¿Qué le aportó la educación del Colegio San Luis?

"Fuera del alicaído seminario (que de tal apenas le queda el nombre) solamente este colegio de San Luis Gonzaga es el único instituto donde altamente se preconiza la necesidad absoluta, imperiosa, de dar a la enseñanza por base y supremo principio la moral religiosa, el concepto de Dios".

En este ambiente, pues, entra Antonio Portocarrero, aún niño, amigo de la libertad, del aire y del sol de sus campos de Baní. Y al entrar en el viejo edificio, acompañado de su tío Tomás, "algo se desgarró de sus entrañas". Algo que es toda la inocencia infantil que tan feliz le hizo. A los 14 años, su vida se enclaustrará en rumbos tortuosos, como los pasillos y rincones del viejo caserón. El "gallo Pepe", de cresta sangrienta y actitud de coraje, será un símbolo añorado de este comienzo difícil de una etapa nueva.

El negro portero, las campanas, el claustro, los bancos de piedra, el severo edificio de dos plantas, el rígido horario... todo es extraño y aprisionante para Antonio. Los castigos, la jauría de "aquella congregación", mezcla de la sociedad de entonces representada por niños de privilegio y pobres de solemnidad, clases sociales "ligadas por dos sensaciones: hambre y miedo, al servicio del más rico y del más fuerte".

Antonio conquistó con sus puños el respeto de sus compañeros. El temor y la morriña le hicieron un colegial modelo (¿será posible?), buen estudiante y clasificado entre los revoltosos, llega a ser monaguillo del P. Billini. ¿Cómo es este vaivén tan extraño?

Poco a poco va descubriendo otro mundo, el submundo de enredos y ambiciones: el puesto sucio de su tío Tomás en Aduanas, la altura inaccesible del Padre, la cercanía de la mano opresora de don Marcelino, el secreto del poder y la fuerza del oro.

¿Qué podría salir de todo esto? Más tarde organizó a los “mataperros del barrio afectos a Moya”, se inició en las letras con un artículo agresivo en “El Eco de la Opinión”, aceptó el magisterio sin vocación y acabó preso en la Torre del Homenaje.

Me he detenido en todo este trayecto juvenil de los años que engendran al protagonista de la novela. De toda esta amalgama va a producirse un Antonio Portocarrero de extraña personalidad. Mezcla híbrida de un ideal patriótico sin base, una ineficacia que únicamente encuentra cauce en las páginas periodísticas, la desatención a su familia, un carácter cerrado e intransigente sin cohesión ni fuerza para impactar en la sociedad real que está viviendo.

Antonio es un idealista solitario que se pasea en medio de una sociedad convulsa sin saber qué hacer. Únicamente busca enrumbar la Patria desde el marasmo en que la dejó la Dictadura. Ya sería un bello y compacto programa. Pero es un hombre solo, un “aerolito” que diría Hostos, caído en malos tiempos, donde los más audaces roen todo intento honesto y pacífico de los mejores hombres. Caminando solo, a cuestas con su ideal, no podía triunfar. Sin la búsqueda de los amigos, de los compatriotas, del grupo que comparta, decante y perfeccione todo ideal, no podrá hacer nada. Sus ideales, siempre extrañamente ocultos en la novela, nunca tomarán forma, serán como un aborto.

Es interesante constatar que lo único que produce Antonio son sus escritos y sus hijos. Sus escritos, nacidos al aire ambicioso de los más innobles, le arrinconaron primero en la cárcel y después en la sociedad. Ellos le trabajaron todos los sinsabores de su vida ciudadana posterior a la muerte del dictador. Sus hijos... serán un presagio de lo que puede engendrar un idealismo sin base. Un niño macrocéfalo y una niña que nace muerta. Su ideal aprisionado, oprimido en *su integridad personalista, es un ideal estéril que sólo engendra monstruo sin cuerpo, sin pueblo, sin comunidad o una patria que no puede nacer con vida.*

Algunos dirán que Arturo Aybar es su amigo. No. Amigo de la infancia, pero él ha escalado la gloria por oscuros caminos y desde ella alardea frente a Antonio, regodeándose de sus hazañas, glorias y triunfos, nunca con ánimo de compartir con el abatido.

El idealismo de Antonio no es contagioso, no tiene poder de convocar a nadie. Es más, el mismo idealismo es el que le hace intransigente y engendra en él una autosuficiencia chocante.

¿Podemos decir que Tulio Cestero quiso contrastar en sus dos personajes realismo e idealismo? Tampoco lo creo. A Antonio le falta la imaginación simpática de don Quijote, simpatía que hace de sus episodios un mito de la realidad y encierra una andadura lenta hacia ella misma. A Arturo le falta la sencillez de Sancho, del pueblo cercano a la tierra, que le haga bondadoso, comprensivo y desinteresado en el fondo; que sea como un "andante allegro" hacia el ideal.

Antonio ha creado un puritanismo político, pretende un puesto en la política, un puesto alto, porque piensa que desde él va a cambiar a los hombres y a la Patria. Va a sanear la política de los demás. Lo que no ha conseguido de escritor periodístico, lo conseguiría desde un alto puesto de gobierno. ¿Desde qué gobierno?

No contaba con nadie. Quizá pensaba que solo, como Mon Cáceres, podría ser un "héroe epónimo", un libertador. Lo malo es que las "mañas" de un gobierno o un pueblo no son tan fáciles de eliminar con la vida de un hombre que domina toda la nación y una sola pistola puede hacerle desaparecer en un momento histórico.

El repite: "la República debió ser como la querían los Trinitarios". Lo difícil no es decirlo, sino hacer viable este esfuerzo gigante de muchas personas.

Al fin, Antonio es "un vencido". Y su ideal puro e impoluto caerá lentamente como la amada bandera, zigzagueando como "un ala rota".

Definitivamente el futuro del País no está en un idealismo descarnado. Por aquellos años, murió en la Hacienda La María, Eugenio María de Hostos, poseído del "fastidio de la vida" y preguntando dónde estaban sus discípulos.

Antonio Portocarrero ha sido capaz de sacrificar muchas cosas por su Patria, o mejor por su ideal patrio. Supo capear las tres tentaciones a las que los políticos mediocres no encuentran salida: la huida al extranjero con un puesto tranquilo, la facilidad de las mujeres y la aventura de una revolución sin sentido.

Pero el idealismo de Antonio no es contagioso, es al contrario intransigente y poco a poco le va centrando en él mismo, en un egoísmo ambicioso.

LA MAÑOSA

Tiempo histórico que cubre: 1907-1916.

Hecho histórico: las luchas caudillistas inútiles.

Tema: La destrucción de la agricultura por tales luchas.

Lugar geográfico: En el campo de La Vega.

Narrador: un niño enfermo.

Final: "Tengo el alma podrida".

Símbolo: La mula mañosa.

Si *La Sangre* nos hace desconfiar de los idealismos sin sentido, *La Mañosa* nos pone en alerta frente a la inutilidad de "nuestras mal llamadas revoluciones".

Esta novela de Juan Bosch nos sitúa en medio de las luchas rurales, luchas de caudillos, que sucedieron a los años de dictadura de Lilís y los posteriores gobiernos efímeros. Quiero situar la acción de la novela por los años 1907 al 1916, años de la invasión norteamericana.

El dictador había desaparecido en Moca, pero, como en un espejo roto, habían nacido pequeños dictadorcillos en los rincones del país y ambicionaban el territorio nacional.

Fello Macario es el prototipo de estos personajes que se repiten en Latinoamérica en cuanto aparecen circunstancias favorables. Irrumpe en la novela como en la vida real "con paso rápido y ruido de espuelas", pidiendo excusas a la doña de la casa y exigiendo una buena montura.

Es de esa clase de gente singular, que pretenden curar la calentura con ron y pólvora. Así lo hizo Fello Macario con Juancito, el niño enfermo. Pero el niño siguió enfermo y la nación también.

Son generales que "florecen sobre el estercolero de una injusticia". Aquí el artículo indeterminado tiene mucha importancia. Cuando es *una* injusticia, esto engendra la venganza personal. Cuando se lucha por la justicia, entonces se engendra el heroísmo.

Todo esto hace que la Nación se pudra por dentro. El resultado es triste. Estas luchas intestinas nunca traen nada bueno. Los campos se destruyen. Si en la novela *La Sangre* el dictador campeaba en la ciudad, *La Mañosa* debe situarse en el campo, porque estas "revoluciones" asolan los campos sembrando destruc-

ción, odio y venganza. Los brazos varoniles cambian el arado por el fusil, y los ojos de las mujeres se cansan de mirar el horizonte más allá de sus lágrimas.

Es la familia campesina la más afectada. Y la familia grande, la Patria, está dividida y aislada en pequeñas porciones que son escenario de mil batallas sin sentido entre horacistas y jimenistas, entre caciques bolos “pata blanca” y “pata prieta”. Una guerra civil crece como la calentura, feroz y sin sentido.

El narrador es un niño enfermo. ¿Quién otro podría ser? Corrían años difíciles, como en una adolescencia, que no lograban encauzar las cosas, y el País era como un niño afiebrado y torpe en sus movimientos con graves calenturas de crecimiento.

Si el idealismo sin base no nos lleva a nada, las revoluciones ambiciosas sólo consiguen frutos amargos en los campos abandonados y pisoteados por las botas militares.

Hoy hemos restringido con buen criterio el campo semántico de la palabra “revolución”. Solamente asignamos con este vocablo el cambio rápido de las estructuras sociales, políticas y económicas. Pero aún siguen campeando muchos conceptos erróneos y siguen llamándose por el nombre de “revolucionarios”, muchos ambiciosos y bandidos.

Eugenio María de Hostos distingue muy bien el verdadero del falso revolucionario. Y entre los falsos señala tres particularmente actuales: los revolucionarios por interés, que “han monopolizado la dirección de los negocios, y hacen y deshacen, dan un sesgo torcido de la revolución”. Los revolucionarios “por pasión”; “esta gente no piensa que es más necesario pensar en la difícil obra de reconstrucción que en la otra, a todos accesible, de la destrucción”. Y por último, los revolucionarios “indecisos”, los que quieren que sean otros los que arrosten la responsabilidad.

Esta novela nos llama la atención de la revolución sin sentido, por interés de unos pocos, por pasión de otros, que irrumpe en la tranquila y tradicional vida del campo: en la familia, en las faenas agrícolas, en los jóvenes que los arranca como matas sin arraigo para devolverlos destruidos.

En esta novela quedan muchas preguntas sin contestar. ¿Para qué luchar? ¿Quiénes son los que componen las diversas bandas que peinan los campos? ¿Quién reconoce a esos presos que caminan lentamente a un futuro imprevisible y caprichoso? ¿Cómo vuelven los mejores jóvenes a la vida laboriosa de reconstruir lo que se había perdido?

Todo nos lleva a pensar que “revolución” viene de revolver, agitar, enredar, introducir desorden. Todo queda con las raíces al aire, desenterradas las penas y las peores raíces de los hombres y enterradas las flores más bellas y prometedoras de la vida.

Pero no. Hay que buscar la verdadera revolución, la que cambie tantas cosas necesarias para el bien de la mayoría.

Si Antonio Portocarrero se sentía vencido, Don Pepe “roncó, hablando con la noche: Tengo el alma podrida, señores”. El idealismo mantenido frente a la problemática de la vida, no puede llevar más que a la derrota; la violencia por la violencia o por el interés personal pudren el alma, el entusiasmo, la fe en los verdaderos líderes y en el más puro patriotismo.

Y es que a los hombres no les quita nadie las mañas.

No llamemos revoluciones a las luchas ambiciosas de caudillos sin alma. Tampoco a los golpes militares, ni menos a los complot de ideologías de mucha “seguridad nacional”.

Ahí quedan. Inútiles muertos y campos desolados. ¿Para qué?

OVER

Tiempo histórico: Después de 1916.

Hecho histórico: El monopolio azucarero por parte de extranjeros.

Tema: La explotación extranjera.

Lugar geográfico: En un central azucarero del Este.

Narrador: un bodeguero del central.

Final: “Camino...”

Símbolo: Bagazo.

Dos novelas nos señalaron el camino equivocado para el futuro del País. Entremos a considerar la tercera novela seleccionada: *Over*.

El desarrollo de la industria azucarera, sobre todo en la región oriental, y la prosperidad de la nación debida a la primera guerra mundial, parecieron deslumbrar al finalizar el primer cuarto del siglo. Pero la fuerza extranjera invadió el País.

Over, a nuestro parecer, presenta esta situación del período 1916-1924. El País se convierte en un gran ingenio en manos extranjeras y los pocos habitantes que aún pueden sobrevivir fuera del monopolio, tienen que ajustarse a los vaivines y las imposiciones arbitrarias de la economía centralina.

"Over" significa muchas cosas. Puede ser preposición, puede ser adverbio. Recogiendo las significaciones diversas podemos decir que "over" es el excedente entre el costo real de la mercancía y el precio que se paga por ella, entendiendo por "costo real" el valor oficial que está en venta. "Over" significa también "superioridad", "Encima de"... y en toda la novela hay una fuerza diabólica que domina todo, hasta la más mínima transacción. Por encima, cubriéndolo todo, se mueve a lo largo y ancho de todo el relato. Y poco a poco el lector cae en la cuenta que es "demasiado", que la fuerza imperante oprime "excesivamente". Por todos los ángulos que se examine este vocablo, siempre nos dará el significado peyorativo de una realidad opresora.

El tema de la novela es la explotación extranjera. El eje de la economía nacional era el azúcar, y por eso la novela se sitúa, con muy buen criterio, en un central del Este.

Los números, los datos, estadísticas, hechos históricos y demás no serían suficientes para transmitirnos esta realidad traumática y degradante. Hace falta la "vivencia", la participación existencial que repercute intensamente en toda la persona y en la sociedad. Por esta razón, la novela contada en primera persona, adquiere un matiz más intenso e impactante.

Daniel, el protagonista, es bodeguero. El bodeguero es quizás el puesto de trabajo que constituye la pieza central del sistema. Tan explotado por el sistema, que apenas puede vivir. Tan involucrado en el sistema que se ve forzado a implementar el "over" en su favor, oprimiendo a los más pobres, que acuden a la bodega, única tienda a su alcance. "Over" así se torna en un engranaje implacable que se va imponiendo y quemando "carne de peonaje".

Daniel, el narrador, nacido de una familia acomodada, había perdido a su madre. La Patria ha sido suplantada por una madrastra. De ser un niño malcriado por su padre, pasa a ser un joven mal visto en su propia familia. La madrastra se impone al fin, y es expulsado de su propia casa. Eso será también en la sociedad: un ser botado de acá para allá, expulsado sin razón, un ser desajustado en el central, en la bodega, en la misma familia que él creó, en la sociedad extraña que vive al ritmo de la economía injusta. Al final de la novela, él mismo se preguntará disgustado: "¿Esta es mi tierra?"

Aparecen una serie de personajes secundarios, marionetas de esta representación, que no sería tan trágica si no estuviera respaldada por una realidad sangrante. Cleto, policía oriundo del Cibao. Valerio, bodeguero, nacido en la capital, chistoso "a fuerza de ser amargo", que dice verdades cuando está borracho, porque no las diría en su sano juicio; producto de aluvi6n, varado en el central después de vivir y soñar con "puestos dignos". El "Inglesito" negro, fruto de 300 años y más de esclavitud. Los "dos hijos de una gran democracia" que aspiran a vivir cómodamente los últimos años de su vida en una casa acomodada de la Florida o a saborear lo que el dinero le puede proveer en el presente. Dionisio, el mayordomo, mayordomo por ser de pocas o ninguna palabra. El otro mayordomo, el puertorriqueño Martín, que nunca pudo volver a su patria. El viejo Juanico Pipí, anciano sin hijos, que únicamente pudo procrear con su trabajo hernias enormes. Haitianos, cocolos, dominicanos, todo un ejército que sirve al central, que se consume día a día por el central, para acabar como "bagazo" que el central bota en deshecho.

Y en medio de este cañamazo de mil aventuras, de mil novelas, de mil historias que se cruzan y entrecruzan para formar la novela; en medio de los días de lluvia que hacen más pesado el trabajo; cuando se declara un incendio y es un trabajo extra que hay que extinguir a golpe de látigo; los días larguísimos de hambre en el tiempo de paro, los días larguísimos de un trabajo inhumano con hambre... se va perfilando una patria sin pa-tria.

Allí aparece un orden, podrido, carcomido, pero firme como el dólar, fuerte como la represión inhumana. Un orden en el que la única pregunta honesta es: "¿se podría vivir sin robar?". Un orden que "sólo, compadre, se puede ver desde un tonel de ron".

El final de la novela es particularmente interesante:

1. Para la gente pasiva de un pueblo oprimido, Daniel Comprés es un muchacho perdido, a quien únicamente saben "sermonear", que es la más fácil manera de tranquilizar su conciencia sin hacer nada.
2. Para la Dirección, nadie puede protestar, porque enseguida será tachado de "comunista", "elemento agitador", "trastornador del orden social".
3. Daniel, el protagonista y narrador, es consciente que no va bien huyendo de la realidad, bebiendo hasta la alienación.
4. Daniel reacciona positivamente. "No quise beber más".

5. Hace un análisis de la realidad y concluye: "De los hombres aquí en tu tierra, sólo queda bagazo!" El mismo se considera bagazo. Sin embargo, "algo" queda en él, que el ingenio no ha podido moler. Todavía queda la duda y la aceptación de su propia realidad lacerada.
6. De ahí, nace la esperanza de un nuevo camino. Mirar con la frente en alto a un horizonte más allá.
7. La noche va quedando atrás. En el cielo amanece un nuevo día. "Camino..." No con aspiraciones de volver atrás, de reconstruir todo un mundo vivido o soñado en su infancia, pero al fin perdido. Va impulsado por el más elemental instinto, el de conservación. En un "supremo esfuerzo", avanza "por el camino que se abre", un camino que no está trazado de antemano, sino que se hace al andar como dice el conocidísimo verso de Machado.

CONCLUSION.

Decididamente opto por la tercera novela. Marrero Aristy es el peor de los tres como novelista, pero sin duda el que mejor presenta la realidad dominicana respecto al futuro del País.

Se ha hablado mucho del ya clásico "pesimismo" dominicano. Y se ha hablado con autoridad que yo debo respetar. Pero sinceramente yo no lo comparto. Mi experiencia en el campo religioso de un barrio marginado, sin duda lo que más me ha sorprendido (y son muchas cosas que he aprendido con sorpresa) del pueblo sencillo, el pueblo-pueblo que es donde reside lo autóctono, es la capacidad increíble de soportar y esperar, sin dejarse doblegar por ninguna circunstancia.

Me dicen que una de esas organizaciones internacionales que nos observan con más detenimiento de lo que nosotros creemos, encontró en una encuesta esta doble vertiente en el pueblo dominicano: si se le pregunta por el presente, responderá que es peor de lo que en realidad es. Pero si se le interroga por el futuro, la respuesta supera con mucho la esperanza de otros pueblos. El pesimismo del presente se torna optimismo esperanzador del futuro. Yo creo que hay substrato muy importante de tener en cuenta. El dominicano siempre tiene fe en la potencialidad de sus posibilidades como ser humano. Por mucho bagazo que se le quiera hacer, siempre conserva algo que nada ni nadie puede moler.

Según estas tres novelas, el dominicano desconfía de las elucubraciones aloqueateadas que calientan la cabeza, pero no llevan a nada. Tampoco cree en apasionadas aventuras, un tanto infantiles, de “ron y pólvora”. Dichas alternativas existen, por desgracia. Pero no tienen credibilidad. Sin embargo, el pueblo dominicano tiene la ilusión de la búsqueda. La última palabra de la novela *Over* es “Camino...” Siempre hay un camino que se abre, que se descubre, que se encuentra. Y siempre hay y habrá la posibilidad de andar, progresar, adelantar, seguir, crecer.

REALIDAD DOMINICANA

| | <u>La Sangre</u> | <u>La Mañosa</u> | <u>Over</u> |
|--------------------|----------------------------------|-------------------------|----------------------|
| Tiempo | 1899-1907 | 1907-1916 | 1916-1924 |
| Hecho histórico | La dictadura y sus consecuencias | Las luchas internas | Monopolio extranjero |
| Tema | La opresión | La destrucción | La explotación |
| Lugar geográfico | La Capital | El campo | Un central |
| Protagonista | Un joven preso | Un niño enfermo | Un bodeguero |
| Final de la novela | “Un vencido” | “Tengo el alma podrida” | “Camino...” |
| Símbolo | “Un ala rota” | “Mula mañosa” | “Bagazo” |